

A través del humo de Budapest*

Edward P. Thompson

El estalinismo ha sembrado el viento y ahora la tempestad se centra en Hungría. Mientras escribo esto el humo todavía se eleva sobre Budapest.

Es verdad que también se han sembrado dólares en esta tierra mortificada. Pero la cosecha que se recogerá seguramente no será la que Mr. Dulles esperaba —¿un nuevo Syngman Rhee^[1] para la Europa del Este, respaldado por una Cancillería fraudulenta y una Junta Papal?

Gracias a un indignado giro de la historia, parece que la cosecha trae consejos de soldados, de estudiantes, de trabajadores, trae soviéticos «anti-soviéticos».

No sé cómo estarán las cosas cuando esto se publique. ¿Se retirarán las tropas rusas suficientemente pronto para evitar que el país se vea engullido por una oleada de furia nacionalista y anarquía? ¿Un nuevo gobierno honesto de comunistas y otros logrará sacar calma de las pasiones del momento —calma suficiente para garantizar cierta justicia, más clemencia y que la voluntad de la gente encuentre expresión?

Esto es todo lo que nos atrevemos a esperar. Pero —dejando a un lado los grupos de contrarrevolucionarios que debe haber ha-

bido— esos primeros jóvenes y trabajadores de Budapest que levantaron barricadas contra los tanques soviéticos seguro que no deseaban abrazar el «American Century»^[2]. Ni pueden pues, a menos que los dominara la desesperación, haber encontrado alivio en el hipócrita llamamiento al Consejo de Seguridad de gobiernos a los que les llega la sangre hasta los codos por sus hazañas en Kenia, Chipre, Argelia —y ahora Egipto.

Ningún capítulo sería más trágico en la historia internacional del socialismo, si el pueblo húngaro, que ya perdió una vez su revolución ante la reacción armada, se viera empujado a los brazos de los poderes capitalistas por los crímenes de un gobierno comunista y por la incomprensible violencia de los ejércitos soviéticos.

Así que yo espero que el Partido Comunista, mi partido, recupere el apoyo de los trabajadores. ¿Pero *dónde* está mi partido en Hungría? ¿Estaba en las emisoras o en las barricadas? ¿Y *qué* es? ¿Es un conglomerado de oficiales de seguridad y burócratas desacreditados? ¿O es un partido «con sus raíces en el pueblo» de la ciudad y del campo, capaz de autodepuración y nuevo crecimiento?

Tendremos la respuesta en sus acciones. Espero que no oigamos tanto «erradicar» esto y aquello, «destrozar implacablemente» eso y lo otro y más de aprender de la gente, servir a la gente y respetar los prin-

* «Through the Smoke of Budapest» *The Reasoner*, 3, November, 1956, pp. 1-7. Traducción y notas de Antonia Tato Fontañá.

1.— Syngman Rhee (1875-1969), político coreano. Líder del movimiento nacionalista de Corea y primer presidente de Corea del Sur, desde 1948 hasta 1960. Identificado con políticas conservadoras y anticomunistas, su principal apoyo fueron los diputados conservadores y el Gobierno de Estados Unidos, que cumplían con la Doctrina Truman para frenar el avance de las fuerzas comunistas

2.— Período de la mitad del siglo XX, en que la influencia de los Estados Unidos en cultura, economía y política crecía en todo el mundo y que se intensificó después del final de la Segunda Guerra Mundial.



Levantamiento húngaro, octubre de 1956, previo a la segunda intervención soviética (Foto de dominio publico, autor sin identificar).

cipios comunistas.

Sé que nuestros camaradas húngaros recordarán la plegaria de su gran patriota, Kossuth^[3], hace más de cien años:

«Envía, ¡oh Dios! los hermosos rayos del sol, que las flores nazcan de esta santa sangre, que los cuerpos de mis hermanos no perezcan en inerte corrupción... Como hombre libre, me arrodillo en las tumbas recién cavadas de mis hermanos. Sacrificios como este santifican la tierra: la purgan de pecado. ¡Mi Dios, un pueblo de esclavos no puede vivir en este suelo sagrado ni pisar sobre estas tumbas!»

3.-Lajos Kossuth (1802-1894), estadista y orador húngaro, líder de la Revolución Húngara de 1848-1849 y símbolo del nacionalismo magyar.

Intentaba con este artículo dar algunas definiciones de estalinismo, para entrar en cuestiones teóricas que nuestra dirección británica rehúsa discutir, y para consultar con los lectores la mejor forma de librar a nuestro propio partido de la teoría y la práctica estalinistas.

Pero estos puntos teóricos han encontrado ahora una expresión dramática en la gran plaza de Varsovia, en medio del humo de Budapest. Es difícil hablar en medio de un tornado. Y si nosotros hemos ayudado, en pequeña medida, a sembrar esos vientos, ¿tenemos derecho a hablar?

Aún así, alguien tiene que hablar. El *Daily Worker*, en sus columnas editoriales no ha hecho nada por expresar nuestros pensamientos o por hacer valer nuestro honor en las últimas semanas.

Una semana antes de que la lucha se iniciara en Hungría, publicó un editorial «Sin venganza». Declaraba que «las dificultades creadas por las pasadas violaciones de la legalidad socialista estaban siendo solven-tadas pacientemente». Una multitud de 200.000 personas había asistido a la segunda inhumación de Laszlo Rajk^[4] y se habían levantado voces pidiendo el enjuiciamiento y castigo de los responsables de las ejecuciones:

«La angustia de los familiares y amigos de estos comunistas muertos es comprensible; pero sería inquietante para los amigos de Hungría en todo el mundo que nuevos juicios fueran a perturbar la vida del pueblo húngaro y emborronar la ‘nueva página en blanco’ que su partido ha abierto. Seguramente ha llegado la hora de atemperar la justicia con clemencia y mirar no hacia el pasado sino hacia el brillante futuro que un pueblo trabajador y un Partido unido como nunca antes pueden construir juntos».

¡Pobre gente trabajadora! No queremos perturbar vuestra vida. Vuestro Partido os ha embarcado en una nueva página. Podéis descansar contentos.

Pero la población de Hungría son nueve millones. Y una multitud de 200.000 no se logra a menudo ni en toda Gran Bretaña.

¿Qué pensamientos pasaron por las mentes de esa gente mientras permanecían al lado de una tumba de siete años de antigüedad en este extraño funeral?

¿Recordaban que Bela Kun, líder de la República Soviética de Hungría en 1919,

4.-Lászlo Rajk (1909-1949), destacado político húngaro. Como Ministro del Interior creó la llamada Autoridad de Protección del Estado, policía secreta de la que sería una de sus primeras víctimas. Acusado de ser un agente secreto *titoísta* y de pretender restaurar el «orden capitalista» fue detenido y, después de un simulacro de juicio, ejecutado en 1949. Su figura fue rehabilitada durante la Revolución Húngara de 1956.

había hallado una muerte oscura y desdichada en la Unión Soviética en los años treinta? ¿Que la Comintern había consentido esta traición y había metido sus manos chapuceras en su movimiento revolucionario mientras los Guardias Blancos de Horthy pisoteaban la capital?

¿Se preguntaban cómo era posible que sus líderes —Rakosi, Gero, Parkas y los demás— permitieran que su camarada Laszlo Rajk, exbrigadista internacional y víctima de los campos de concentración nazi fuese escarnecido públicamente y arrastrado a la ignominiosa muerte de un traidor?

«Uno no puede planificar la conciencia humana» dice nuestro Camarada Gomulka. Yo creo que eso está bien, a pesar del trágico desenlace en este caso. Desde luego los mismos hombres no pueden desconectar las «violaciones de la legalidad socialista» y conectar «una nueva página en limpio» como si fuera una luz eléctrica. Ni las respuestas morales de un pueblo pueden desconectarse por edictos del gobierno.

Y, por cierto, ¿qué es la «legalidad socialista»? ¿Es la justicia? ¿O es la cantidad de justicia que es conveniente cuando la gente está furiosa?

Aparte de los juicios de Poznan, no recuerdo ningún ejemplo reciente de «legalidad socialista» que se pueda reconocer como un acto de justicia.

¿Y qué justicia fue esta que (según el editorial del *Daily Worker*) fue tan severa e implacable que «ha llegado la hora» de atemperarla con clemencia? No recuerdo ningún juicio a los responsables de «violaciones de la legalidad socialista» ni en Hungría ni en ninguna otra parte, aunque parece que Beria ha muerto y he oído algo sobre unas ejecuciones rápidas en Azerbaiyán. Si fueron justas o no, ni yo ni el editor del *Daily Worker* lo sabemos.

¿Y por qué el *Daily Worker* tendría que presumir que cualquier juicio *justo* iba a

emborronar una «página limpia, en blanco»? ¿Y por qué los miembros del partido en Hungría iban a suponer que su Partido se había embarcado en tal página, cuando a ellos no se les había consultado en ningún Congreso? ¿Por qué se iba a deducir que el Partido estaba «más unido que nunca» cuando sus militantes se habían enterado poco antes de que una parte de su Comité Central había asesinado a la otra parte para aplacar a un hombre que ahora se nos decía que durante todo este tiempo había sido agente del «servicio de inteligencia del Mussavat^[5]»?

¿Y por qué iba el pueblo húngaro a confiar en que tales dirigentes iban a construirles un «futuro brillante»?

¿Y por qué el *Daily Worker* tendría que clamar «sin venganza» en aras de acallar la verdad y pervertir la justicia en un caso en el que los hechos se iban haciendo desagradablemente claros, si nunca antes —en lo que mi memoria me alcanza— había reclamado «sin venganza» en ninguno de los más que dudosos juicios de países socialistas?

¿Por qué —y esta es la pregunta real— el *Daily Worker*, que durante tanto tiempo ha rechazado cartas y amañado editoriales para garantizar que no «interviniéramos» en los asuntos de un partido hermano, de repente habla en nombre de los comunistas británicos para asegurarles a las autoridades húngaras que «sería inquietante para los amigos de Hungría en el mundo» que estos hombres culpables fueran llevados a juicio?

Yo no busco venganza. Todos estamos hartos de ejecuciones. Pero la justicia exige que los criminales sean juzgados por sus delitos y sus cómplices apartados de la vida pública.

Sé muy bien que los nudos atados por



Quema de retratos de Stalin en las calles de Budapest durante el levantamiento húngaro, octubre de 1956 (Foto: Erich Lessing).

el estalinismo no se pueden desatar en un día. Pero el primer paso en el retorno a los principios comunistas es que digamos la verdad y mostremos confianza en el juicio del pueblo. Después del XX Congreso (dijo Gomulka) «la gente empezó a erguir la espalda, las silenciosas mentes sometidas empezaron a sacudirse el veneno de la mendacidad. Sobre todo los trabajadores querían saber toda la verdad, sin adornos ni omisiones». Nuestra necesidad de la verdad no es menor.

El 29 de octubre, casi una semana *después* del levantamiento de Budapest, el *Daily Worker* encontró una nueva explicación editorial:

«Es una tragedia que la Dirección del Parti-

5.- Partido político de Azerbaiyán, contrarrevolucionario y nacionalista, cuyo nombre significa «igualdad».

do y el Gobierno no actuaran más diligentemente para solucionar esos errores económicos y políticos que estaban causando un descontento tan profundo entre las masas»

Muy cierto. Y como los estalinistas de Hungría no recibieron el consejo del *Daily Worker* diez días antes, se habrá contribuido a ese retraso fatal que disparó la revuelta. Y en ese caso, una parte de la sangre derramada en Budapest es responsabilidad de cabezas británicas.

En los días siguientes, con los dramáticos sucesos de Polonia, el *Daily Worker* contempló los toros desde la barrera, con la pierna editorial colgando desmañadamente del lado equivocado.

No se me ocurren momentos tan conmovedores, tan importantes para el futuro del movimiento internacional de la clase obrera como cuando el valiente camarada Wladyslaw Gomulka emergió de la prisión y de la calumnia y entre las rocas de la contrarrevolución por un lado y la intervención armada por el otro, encontró para el pueblo polaco un estrecho pasaje hacia un futuro creativo. ¡Enhorabuena a los polacos por su madurez, su auto-disciplina y su firme iniciativa!

Pero el *Daily Worker* no veía nada de esto. Ni siquiera veía (editorialmente) los excelentes informes de Gordon Cruickshank en sus propias columnas. Durante dos días seguidos no fueron capaces de ver nada que no fuera los discursos de Eisenhower, «rumores descabellados... en la Prensa capitalista», «divisiones en las filas populares», nuevos «Pilsudskis^[6]»: «Puede que los

imperialistas vean razones para alegrarse, pero podrían estar viendo cosas, cosas que no existen. El tiempo, por supuesto, resolverá las dudas igual que disipará las esperanzas. No somos astrólogos pero tenemos fe en la clase trabajadora y eso incluye a la clase trabajadora de Polonia» (23 de octubre).

El tiempo (por supuesto) ha disipado las dudas en forma de medio millón de personas manifestándose pacíficamente en la plaza más grande de Varsovia. Lo que el tiempo todavía no ha disipado son las dudas sobre la capacidad de nuestro Departamento Editorial de Astrología Fallida.

Las únicas dudas serias (aparte de estas) de aquel fin de semana se han disipado en parte: ¿cometería la Unión Soviética el crimen de declarar una guerra, fría o caliente, contra el nuevo Gobierno Comunista Polaco? Si el *Daily Worker* tenía consejos que dar debería haberlos mandado a esta dirección. Unos editoriales en la prensa comunista internacional demandando moderación al Partido Soviético podrían haber tenido un efecto saludable, aquí y en los sucesos de Hungría. Tales consejos habrían sido respaldados por la gran mayoría de los comunistas británicos.

Pero de principio a fin, nuestro periódico —en nombre de todos nosotros— ha mandado los consejos *equivocados* a la dirección *equivocada*.

Volviendo a Hungría. El martes por la noche, 23 de octubre, las manifestaciones de estudiantes y otros sectores en Budapest acabaron en disturbios generalizados con derramamiento de sangre. Los hechos no estaban claros. ¿Fueron grupos contrarrevolucionarios, con ayuda del exterior, los que hicieron saltar la chispa que prendió la yesca de una población resentida? ¿Dónde se posicionaba la clase trabajadora de Budapest? Esperábamos ansiosos la información.

6.— Józef Pilsudski (1867-1935). Primer Jefe de Estado, primer mariscal y dictador de la Segunda República polaca. Considerado el salvador de Polonia por haber liderado la guerra de independencia contra alemanes y soviéticos. De abierto nacionalismo, fue una figura con carisma entre la clase obrera que, después de dar un golpe de estado en 1926, se convirtió en dictador *de facto*.

El jueves por la mañana llegaron las respuestas:

«La contrarrevolución protagonizó un levantamiento durante las horas de oscuridad del anochecer del martes. La clase trabajadora húngara se movilizó alrededor de su Gobierno y su Partido y machacó este intento de darle marcha atrás al reloj. La prensa capitalista se alegró demasiado pronto y de lo que se alegró fue del tiroteo de dependientes, socialistas y comunistas a manos de destacamentos armados de terroristas». (25 octubre).

No se aportaba prueba alguna para estas afirmaciones. Nuestro Departamento de Astrología Fallida no había aprendido nada del XX Congreso, de Poznan, Varsovia, en octubre.

Es un pequeño detalle pero en ninguna información encuentro referencias al asesinato de dependientes. ¿Quizá fue solo un inocente recurso para provocar la indignación de los sindicalistas británicos?

También es una lástima que el *Daily Worker* mostrara pocos signos de indignación editorial cuando se supo por primera vez que bajo el régimen de Rakosi un gran número de comunistas, socialistas y sindicalistas fueron encarcelados y ejecutados. «Las tropas soviéticas han respondido a la petición de ayuda del Gobierno húngaro precisamente porque estas tropas actúan en solidaridad con el pueblo húngaro para defender el sistema socialista» (26 de octubre).

Es reconfortante saber que la historia es siempre tan «precisa» en sus movimientos. En realidad, la intervención soviética agravó la situación considerablemente y levantó gran resentimiento entre la gente. Si vamos a usar terminología estalinista, los tanques soviéticos estaban «objetivamente» avivando «la contrarrevolución».

Para mí es una profunda vergüenza que un gobierno comunista se haya vuelto tan corrupto, tan aislado del pueblo, que en un tiempo de crisis no haya podido encontrar protección en su propia clase trabajadora. «Que cada partido laborista local y cada rama del partido comunista y cada rama de cada sindicato y comité ejecutivo, cada laborista miembro del parlamento, manden telegramas al gobierno húngaro condenando la violencia contrarrevolucionaria y permaneciendo al lado del Gobierno y del pueblo...» (25 de octubre)

¡No, no, no, no! Eso no es tarea para nosotros. ¡Qué vergüenza esta prisa indecente, qué vergüenza esta grieta en la solidaridad, qué vergüenza esos que quieren meter a toda prisa el armamento moral de la clase trabajadora británica detrás de la policía de Gero para destruir a los estudiantes y a los jóvenes trabajadores que están en la calle!

¿Están empeñados nuestros dirigentes en hacer de nuestro Partido una Polonia o una Hungría en miniatura? ¿A qué distancia de la realidad, de nuestro Movimiento Laborista, deben de estar para imprimir tal llamamiento en tales momentos? Nuestra militancia ya ha tenido suficiente.

Es hora de que digamos esto. Desde el principio hasta el final, desde febrero en adelante, nuestra dirección se ha situado (quizá a veces de forma evasiva) del lado del estalinismo.

No quiere decir que hayan defendido la memoria de Stalin, o que se hayan cuestionado en serio el deshonesto intento de convertir a un único hombre en el chivo expiatorio de los pecados de una época histórica.

Por el contrario, han llevado dos líneas argumentales. Primero, todas estas «cosas equivocadas» (de las cuales «no sabíamos nada») estaban asociadas a la influencia de un hombre en Rusia, y al «culto» a su «per-



Calle de Budapest tras la intervención soviética, noviembre de 1956 (Fuente: korkep.sk).

sonalidad»; segundo, la teoría de Stalin era admirable pero (sin que lo supiéramos) se fue abriendo una brecha alarmante entre la teoría y la práctica.

Argumentos convenientes, estos, para nuestros dirigentes puesto que nos absuelven de toda responsabilidad en haber pasado «la información equivocada» y haber justificado «cosas equivocadas»; puesto que los absuelven de toda necesidad de erradicar la influencia del estalinismo sobre su propia teoría y su propia práctica y sobre las de nuestro Partido.

Pero sí que hay una «teoría errónea» de Stalin que tenemos permiso para criticar: la teoría de la intensificación de la lucha de clases. Muy bien, echémosle un vistazo. De hecho, la teoría se deriva de Lenin —expuesta en una situación fluida de crisis revolucionaria— y, como tantas otras cosas, fue sacada de contexto por Stalin y convertida en un rígido axioma:

«Ciertos camaradas interpretaron que la tesis sobre la abolición de las clases, el establecimiento de una sociedad sin clases y la desaparición del estado, significaba la justificación para la holgazanería y la complacencia, la justificación de la teoría contrarrevolucionaria de la desaparición de la lucha de clases y el debilitamiento de la autoridad del estado. Ni que decir tiene que esta gente no puede tener nada en común con nuestro Partido. O son unos degenerados o son traidores que tienen que ser expulsados del Partido. La abolición de las clases no se consigue atenuando la lucha de clases sino intensificándola. El estado no se extinguirá debilitando la autoridad estatal sino reforzándola todo lo que sea necesario con el propósito de finalmente aplastar lo que quede de las clases y de organizar la defensa contra el entorno capitalista». (Stalin, Informe al Plenum de enero de 1933, CPSU (B).

Sin esta «teoría errónea» este pasaje entero se cae a pedazos y se muestra corrupto. La teoría de un estado centralizado todopoderoso está equivocada —nuestros camaradas en Polonia y Yugoslavia lo están demostrando en vida. La actitud hacia el papel del Partido y hacia los camaradas es errónea.

Y la teoría estalinista de la dictadura del proletariado es errónea. Una vez más, Stalin convirtió las palabras de Lenin en un axioma rígido: «la dictadura del proletariado es la dominación de la burguesía por el proletariado, sin limitaciones legales, basada en la violencia y disfrutando de la simpatía y el apoyo de las masas trabajadoras explotadas». (Stalin, *Los Fundamentos del Leninismo*).

Como sabemos por Hungría, una dictadura así no necesita tener la simpatía de las masas trabajadoras por mucho tiempo: ni tampoco lo haría en Gran Bretaña. Esto realmente dista mucho de la definición de Engels de los «dos remedios infalibles» que distinguen esta fase de transición: elecciones para todos los puestos por sufragio universal, residiendo en los electores el derecho de revocación y salarios de trabajadores para todos los funcionarios (Introducción, *La Guerra Civil en Francia*).

Y la identificación de cualquier desacuerdo, cualquier oposición, cualquier duda con contrarrevolución «objetiva» es errónea. Impregna de principio a fin todos los escritos de Stalin y *la Historia del CPSU (B)* (con la que una generación de nuestros liberados ha recibido su educación). «La oposición ha roto ideológicamente con el leninismo... y objetivamente se ha convertido en instrumento de la contrarrevolución contra el régimen de la dictadura del proletariado». «Para obtener la victoria, el Partido de la clase trabajadora, sus dirigentes, su avanzada fortaleza, tienen que ser purgados de capituladores, desertores, es-

quiroles y traidores» (CPSU (B), 289, 360).

Y el vocabulario militar del estalinismo también es erróneo y extraño y ofensivo a los oídos de la clase trabajadora británica.

Y la actitud hacia el debate es errónea. Esto debería haber quedado claro en 1931, cuando Stalin etiquetó a los editores de un periódico que había permitido un debate sobre ciertas teorías de Lenin de antes de la guerra, como «podrido liberalismo», como «estupidez rayana en el delito, rayana en la traición a la clase trabajadora». «La calumnia debe ser estigmatizada como tal, no convertida en tema de discusión».

Y la teoría del Partido es errónea, la teoría de que «el Partido se hace fuerte purgándose», la teoría de la infalibilidad del Partido y de su autodesignada misión paternal, «el culto al Partido» que ahoga toda lealtad al pueblo, a los principios, a la clase trabajadora en sí misma, en lealtad a la «disciplina de hierro» del Partido.

Y la teoría mecánica de la conciencia humana es errónea: la teoría de que la ciencia histórica «puede ser una ciencia tan precisa como, digamos, la biología», la subordinación de las facultades morales e imaginativas a la autoridad administrativa y política es errónea; la eliminación de criterios morales en el juicio político es errónea; el miedo al pensamiento independiente, la incitación deliberada de tendencias anti-intelectuales entre la gente son erróneos; la personificación mecánica de fuerzas de clase no conscientes, el menosprecio de los procesos conscientes del conflicto espiritual e intelectual, todo ello es erróneo:

«La superestructura es creada por la base precisamente para que la sirva, para que la ayude a que tome forma y a que se consolide, para luchar activamente en la eliminación de la vieja base de la consigna y de su superestructura». «La antigua superestructura se une desesperadamente a la defensa

de la base que la originó». (Stalin, *El marxismo y los problemas de la lingüística*; Klugman, *Basis & Superstructure*).

Todas estas teorías no son del todo erróneas. Pero están lo suficientemente equivocadas como para haber llevado a nuestro movimiento a una crisis internacional. Y fue un idealismo mecánico tal como este el que, montado en los tanques soviéticos, disparó a través del humo contra los trabajadores y los jóvenes de Budapest.

El estalinismo es teoría (y práctica) socialista que ha perdido el ingrediente de humanidad. El modo de pensar estalinista no es el del materialismo dialéctico, sino el del idealismo mecánico. Por ejemplo:

«Si el paso de cambios cuantitativos lentos a cambios rápidos y abruptos es una ley del desarrollo, entonces está claro que las revoluciones hechas por las clases oprimidas son un fenómeno natural e inevitable. De ahí que la transición de capitalismo a socialismo y la liberación de la clase trabajadora del yugo capitalista no puedan ser llevadas a cabo por medio de cambios lentos, de reformas, sino únicamente por un cambio cualitativo del sistema capitalista, por la revolución. De aquí que, para no errar políticamente, uno debe ser un revolucionario, no un reformista». (Stalin, *Sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico*).

La brecha entre la teoría y la práctica estalinistas es inherente a la teoría. «La verdad es siempre concreta», escribió Lenin; pero del fluido movimiento de los análisis de Lenin sobre realidades sociales particulares, Stalin sacó axiomas. El estalinismo es el leninismo convertido en piedra.

En lugar de comenzar con los hechos, con la realidad social, la teoría estalinista empieza con la idea, el texto, el axioma: los hechos, las instituciones, la gente, tienen

que ser adaptados a la idea. Se cultiva trigo en invernaderos para «demostrar» una teoría científica, se escriben «novelas» para «demostrar» la línea del Partido, se simulan juicios para «demostrar» la traición «objetiva» de las víctimas.

El análisis estalinista, en su nivel más degenerado, se convierte en un ejercicio escolástico, la búsqueda de «formulaciones» «correctas» en relación al texto pero no a la vida. ¿Y con qué frecuencia estas «correctas formulaciones» se quedan a medio camino entre dos desviaciones, una a la izquierda y otra a la derecha? A la pregunta de qué desviación era peor, el camarada Stalin respondió: «Es tan mala una como la otra...» ¿Las opciones reales de la vida se presentan de esta forma mecánica?

«Él había perdido por completo la conciencia de la realidad», declara Jruschov. Y no estaba solo. Esta brecha se abrió en todas partes. Fue esta brecha la que desafió el análisis de Jruschov: «No solo un marxista-leninista sino ningún hombre con sentido común puede entender cómo fue posible hacer responsables de actividades hostiles a naciones enteras»: Precisamente así. Pero eso es la ironía de la carrera de Stalin. Emergiendo como el marxista «más fuerte», el más «realista», limitó su visión a la tarea única de mantener y ampliar el poder del Estado Soviético. Su rumbo rígido e inclemente que pasó arrasando por complejidades y peligros sin precedentes, permitió que una parte de la realidad se le escapara —los pensamientos, los prejuicios, las aspiraciones de los hombres y mujeres. El estalinismo está en el polo opuesto al sentido común.

Pero nunca libre de la contención del sentido común, el estalinista oscila entre el axioma y la «realpolitik»: el dogmatismo y el oportunismo. Cuando el axioma deja de producir resultados, se «reconoce» un «error». El discurso de Jruschov se ha emi-



Budapest, 24 de octubre de 1956, la multitud se concentra en torno a una estatua de Stalin derribada frente al Teatro Nacional (Foto: TASR/AP, fuente: <http://rus-biography.ru>).

tido: los tanques se retiran de Budapest. Pero la teoría poco ha cambiado. Porque el estalinismo impide que la crítica surja dentro de las fronteras de su dominio. Y nosotros, fuera de esas fronteras, también hemos fallado. El estalinismo no eran «cosas equivocadas» sobre las que «no sabíamos», sino teorías falseadas y prácticas degeneradas de las que sí sabíamos algo y que, hasta cierto punto, compartimos y nuestra dirección apoya hoy. ¿Quién no sabe que nuestra atrofia moral, nuestro vocabulario y estructura militar, nuestra visión paternalista de la gente y de sus organizaciones, nuestro gusto por propalar «información errónea», nuestro miedo a las iniciativas populares independientes de nuestra orientación, nuestra aversión a la crítica, nuestro secretismo y mala fe ocasional hacia nuestros amigos —que todo esto ha paralizado nuestra propaganda, nos ha aislado y nos ha robado la justa recompensa que mere-

cía nuestro trabajo? ¿Y quién no sabe que nuestras bases son las menos manchadas por estos hechos y nuestros dirigentes los que más?

Nuestros líderes no desean discutir esto porque no desean cambiar. En el fondo siempre han temido el «deshielo». Sus corazones están con los tanques soviéticos. Después de todo, los tanques son cosas mecánicas, que responden a los mandos y pueden consolidar el poder. El marxismo-leninismo está a salvo con ellos. Pero si la gente toma la iniciativa en sus manos... es un riesgo demasiado grande.

Y al otro lado del humo, ¿qué esperamos para la gente de Polonia, para los trabajadores y estudiantes de Budapest, cuando sus heridas cicatricen y su orgullo nacional se aplaque? Primero, espero, un nuevo respeto por la gente, que impregne a toda la sociedad, a sus instituciones, a sus relaciones sociales. Y después, un nuevo respeto

por la verdad, por los principios. Una democracia que no circunscriba su actividad a los estrechos límites marcados por un Partido paternal que anatemiza a todos los que se salen de la línea, sino una basada en la confianza real en las iniciativas de la gente. Una nueva comprensión de la continuidad de la cultura humana. Y finalmente, un nuevo internacionalismo, basado (entre los países socialistas) en auténtica independencia y respeto y (entre los partidos comunistas) en el diálogo honesto y la controversia fraternal —diálogos en los que la militancia, por contacto personal y publicado, pueda tomar parte.

Los polacos y los húngaros han escrito su crítica al estalinismo en las calles y las plazas. Al hacerlo, le han devuelto el honor al movimiento internacional comunista. Estas revoluciones las han hecho los comunistas: no los que se arrogan todo el saber y la autoridad, pero comunistas igualmente. Donde quiera que este viento del estalinismo ha sido sembrado, los comunistas han sembrado también buena semilla socialista. La semilla de la fraternidad humana prevalecerá cuando los vientos hayan pasado.

Recuerdo un «mensaje de Navidad» que me escribió mi hermano después de conocer a unos partisanos comunistas en diciembre de 1943.

«Hay un espíritu por Europa que es mejor y más valiente que nada que ese cansado continente haya conocido en décadas y al que no se puede ofrecer resistencia. Puedes, si quieres, considerarlo en términos políticos, pero es más amplio y más generoso que ningún dogma. Es la voluntad firme de pueblos enteros que han conocido el sufrimiento y la humillación más extremos y que han triunfado por encima de eso, para construir su propia vida de una vez por todas».

Es un crimen del estalinismo el sortear y confinar este espíritu, mientras que muchos de los que hoy saludan con autocomplacencia las gestas de polacos y húngaros, alimentaban ellos mismos el estalinismo con cada estridente discurso anti-comunista, con el rearme de Alemania, con cada giro de la Guerra Fría.

El estalinismo confinó este espíritu pero no murió. Hoy anda suelto de nuevo, a la luz del día, en las calles polacas. Estaba presente en las barricadas de Budapest y se enfrenta hoy con la anarquía por el futuro de Hungría. No ha habido nunca un tiempo en el que camaradas nuestros necesitaran tanto nuestra solidaridad, ante la ciega resistencia del estalinismo, ante las negras pasiones de la reacción.

Este socialismo de gente libre, y no de discursos secretos y de policía, demostrará que es más peligroso para nuestro propio imperialismo que cualquier estado estalinista. Sus líderes sin duda cometerán errores, pero no «errores» tales que destruyan su propio honor y el buen nombre del Partido.

Nosotros, los comunistas británicos, tenemos el derecho y el deber de felicitar a nuestros camaradas en esas tierras de principios que renacen.

¡Vergüenza para nuestros dirigentes por su silencio!

¡Saludos al pueblo polaco! ¡Honor a los trabajadores y estudiantes que derramaron su sangre en Budapest! ¡Que retomen las riendas de su propio futuro y frenen las pasiones populares desatadas por el sufrimiento! ¡Y que se demuestre que un comunista nunca volverá a disparar a otro comunista!